

LOS ENFERMOS TERMINALES

por Francisco-Manuel Nácher

Hay dos clases de enfermos terminales: Los que no preguntan qué tienen y los que sí lo hacen.

Y, aunque, a primera vista parezcan los primeros los más optimistas, bien pensado, resulta ser al contrario. Porque, ¿qué lleva a los enfermos, que se ven o se sienten o se saben graves y por cuya mente ha pasado necesariamente la idea de que pueden morir, a no preguntar al médico "qué tengo"? Solamente el miedo a que les respondan que tienen algo grave y terminal. Y, a causa de ese miedo a conocer la verdad, viven lo que les queda de vida angustiados por si su temor está justificado. No viven, pues, con alegría, con esperanza, con las ideas claras. No se deciden a tomar decisiones que quizás debieran tomar y así, de un modo infantil, irresponsable y angustioso les llega lo que de todos modos les tenía que llegar.

Son como los que, sabiendo desde que nacieron que lo único que estaban seguros de que les ocurriría sería eso, creyeron que era mejor no pensarlo, como si de ese modo pudiesen cambiar el curso de las cosas. Son, generalmente, los que más sensación daban de seguridad, de confianza en sí mismos, de prepotentes, de avasalladores pero que, en realidad, sólo disimulaban con esas posturas su miedo a la realidad, a la vida y, por supuesto, a la muerte.

Los otros, los que dan el paso y preguntan y se enteran de lo que les pasa y de las posibilidades que tienen de luchar y, en el peor de los casos, de cuánto tiempo disponen para hacer las cosas bien, por dentro y por fuera, esos, aunque no lo parezca, son los que ganan. Porque no hay peor cosa que la incertidumbre. Y cuando uno tiene la certeza de que esto se acaba irremisiblemente, se libera del peso de esa incertidumbre y enfrenta lo que tenga que venir con la mente clara. Estos son los que en la vida no estuvieron tan seguros; los que no avasallaban; los que, sabiendo que desde el momento de nacer todos somos enfermos terminales, habían pensado con cierta frecuencia en que el momento definitivo llegaría y, por tanto, lo habían asumido así y estaban mentalizados. Y, llegado el momento, lógicamente, actúan como tenían previsto. Y sus últimos años o

meses o días son sosegados; de reflexión; de examen de conciencia; de repaso de lo hecho y lo no hecho; de adiós a los sueños aún no realizados y ya imposibles; de actividad para dejar las cosas dispuestas y crear con su marcha los menores problemas posibles; de comprender que, al fin y al cabo, sólo somos visitantes temporales de este mundo; de alegrarse por lo vivido; de enorgullecerse de lo bueno y empequeñecerse y sentir dolor por lo negativo; de soñar con el futuro de los suyos que aquí quedarán; de comprender que los procesos naturales son eso, naturales, y que nosotros formamos parte de la naturaleza; y de sentirse, consecuentemente, en armonía con ella, lo mismo que los pájaros y la lluvia y las flores, y de convencerse de que, de algún modo, uno perdurará...

Todo esto, si no se tiene el consuelo imponderable de la religión. Porque, si se tiene esa ayuda, ambos casos divergen más aún: En el primero se pierden oportunidades preciosas y, sin pretenderlo, se acrecienta inconscientemente la atracción de lo material; mientras que, en el segundo, todo llega en su momento, de modo ordenado, sosegado y normal, sin estridencias ni rupturas, con un deseo de mejor vida y con el profundo sentimiento de estar arropado en todo momento por el amor de Dios y de formar parte de algo muy superior y perfecto.

Pero si, además, se conocen las Enseñanzas de la Filosofía Rosacruz, y se han seguido sus métodos, la muerte no produce ningún sentimiento negativo. Es, tan sólo, un acontecimiento perfectamente conocido, previsto, preparado y familiar; una liberación de los trabajos programados antes del renacimiento; un premio a la labor realizada...

* * *